

LA MUERTE DE CRISTO

Volumen 1 – Sermón No. 173

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 24 DE ENERO DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada”
Isaías 53:10***

Qué miríadas de ojos lanzan sus miradas al sol. ¡Qué multitudes de hombres levantan los ojos y contemplan los orbes estrellados del Cielo! Son observados continuamente por miles, pero hay una gran transacción en la historia del mundo, que todos los días atrae a muchos más espectadores que ese sol que sale como un novio, fuerte para correr su carrera. Hay un gran acontecimiento, que cada día atrae más admiración que el sol, la luna y las estrellas, cuando marchan en sus cursos. Ese evento es la muerte de nuestro Señor Jesucristo. Hacia ella estaban siempre dirigidos los ojos de todos los santos que vivieron antes de la era cristiana. Y hacia atrás, a través de los mil años de historia, miran los ojos de todos los santos modernos.

A Cristo miran perpetuamente los ángeles del Cielo. “Cosas las cuales anhelan mirar los ángeles”, dijo el Apóstol. Sobre Cristo están fijos perpetuamente los innumerables ojos de los redimidos. Y miles de peregrinos, a través de este mundo de lágrimas, no tienen mayor objeto para su fe ni mejor deseo para su visión, que ver a Cristo tal como es en el Cielo y en comunión para contemplar Su Persona. Amados, tendremos muchos con nosotros, mientras esta mañana volvemos nuestro rostro hacia el Monte del Calvario. No seremos espectadores solitarios de la terrible tragedia de la muerte de nuestro Salvador. Sólo dirigiremos nuestros ojos a ese lugar que es el centro del gozo y el deleite del Cielo: la Cruz de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Tomando, pues, nuestro texto como guía, proponemos visitar el Calvario, esperando contar con la ayuda del Espíritu Santo mientras miramos a Aquel que murió en la Cruz. Quisiera que notara esta mañana, en primer lugar, la causa de la muerte de Cristo: “Le agradó al Señor herirlo”. “Agradó a Jehová herirlo”, dice el original. “Él lo ha puesto en aflicción”. En segundo lugar, la razón de la muerte de Cristo: “Cuando hagas de su alma una ofrenda por el pecado”. Cristo murió porque Él fue una ofrenda por el pecado.

Y luego, en tercer lugar, los efectos y consecuencias de la muerte de Cristo. "Verá su descendencia, prolongará sus días y la voluntad del Señor prosperará en su mano". Ven, Espíritu Santo, ahora, mientras tratamos de hablar sobre estos temas incomparables.

1 PRIMERO, tenemos aquí **LOS ORÍGENES DE LA MUERTE DE CRISTO**. "Agradó a Jehová herirlo; Él lo ha puesto en aflicción." Quien lee la vida de Cristo como mera historia atribuye la muerte de Cristo a la enemistad de los judíos y al carácter voluble del gobernador romano. En esto actúa con justicia, porque el crimen y el pecado de la muerte del Salvador deben estar a la puerta de la madurez. Esta raza nuestra se hizo deicida y mató al Señor y clavó a su Salvador a un madero. Pero quien lee la Biblia con el ojo de la fe, deseando descubrir sus secretos ocultos, ve en la muerte del Salvador algo más que la crueldad romana o la malicia judía. Ve el solemne decreto de Dios cumplido por los hombres, que fueron los ignorantes, pero culpables instrumentos de su cumplimiento.

Él mira más allá de la lanza y el clavo romanos, más allá de la burla y el escarnio judíos, hacia la Fuente Sagrada, de donde fluyen todas las cosas y rastrea la crucifixión de Cristo hasta el pecho de la Deidad. Él cree con Pedro: "A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, lo prendisteis y por manos de inicuos lo crucificasteis y lo matasteis". No nos atrevemos a imputar a Dios el pecado, pero al mismo tiempo el hecho, con todos sus efectos maravillosos en la redención del mundo, siempre debemos rastrear hasta la Fuente Sagrada del amor Divino. También nuestro Profeta. Él dice: "Agradó a Jehová herirlo". Pasa por alto tanto a Pilato como a Herodes y lo rastrea hasta el Padre celestial, la primera Persona de la Trinidad Divina. "Agradó al Señor herirlo; Él lo ha puesto en aflicción".

Ahora, amados, hay muchos que piensan que Dios Padre es, en el mejor de los casos, un espectador indiferente de la salvación. Otros le desmienten aún más. Lo ven como un Ser severo y sin amor, que no amaba a la raza humana y que solo podía volverse amoroso por la muerte y las agonías de nuestro Salvador. Ahora bien, esto es un vil libelo sobre la hermosa y gloriosa gracia de Dios el Padre, a quien sea por siempre el honor, porque Jesucristo no murió para hacer que Dios amara, Él murió porque Dios amaba.

***"No fue para hacer
arder el amor de Jehová Hacia Su pueblo,
Que Jesús desde lo alto del Trono,
Se hizo Un Hombre sufriente.
No fue la muerte que soportó,
Ni todos los dolores que soportó
Que el amor eterno de Dios procuró,
Porque Dios era Amor antes."***

Cristo fue enviado al mundo por su Padre como consecuencia del afecto del Padre por su pueblo. Sí, "de tal manera amó al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna". El hecho es que tanto el Padre decretó la salvación, tanto la efectuó y tanto se deleitó en ella, como lo hizo Dios el Hijo o Dios el Espíritu Santo. Y cuando hablamos del Salvador del mundo, siempre debemos incluir en esa palabra, si hablamos en un sentido amplio, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, porque estos tres, como un solo Dios, hacen sálvanos de nuestros pecados. El texto desecha todo pensamiento duro acerca del Padre al decirnos que agradó a Jehová herir a Jesucristo. La muerte de Cristo se remonta a Dios el Padre. Probemos si podemos ver que es así.

Primero es rastreable en decreto. Dios, el único Dios del Cielo y de la tierra, tiene el libro del destino enteramente en Su poder. En ese libro no hay nada escrito por mano de un extraño. La caligrafía del solemne libro de la predestinación es completamente divina de principio a fin.

***"Encadenado a Su trono yace un volumen,
Con todos los destinos de los hombres
Con la forma y el tamaño de cada ángel
Dibujado por la pluma eterna."***

Ninguna mano inferior ha esbozado, ni siquiera las partes más diminutas de la Providencia. Fue todo, desde su Alfa hasta su Omega, desde su Divino prefacio hasta su solemne final, señalado, diseñado, esbozado y planeado por la mente del Dios omnisapiente y omnisciente. Por tanto, ni siquiera la muerte de Cristo estuvo exenta de ella. Aquel que da alas a un ángel y guía a un gorrión, Aquel que protege los cabellos de nuestra cabeza para que no caigan prematuramente al suelo, no era probable, cuando se dio cuenta de cosas tan pequeñas, que omitiera en Sus decretos solemnes la mayor maravilla de los milagros de la tierra: la muerte de Cristo. No. La página ensangrentada de ese libro, la página que hace gloriosos tanto el pasado como el futuro con palabras de oro, esa página ensangrentada, digo, fue escrita tanto por Jehová como cualquier otra.

Determinó que Cristo naciera de la Virgen María, que padeciera bajo el poder de Poncio Pilato, que descendiera al Hades, que de la muerte resucitara, llevando cautiva la cautividad y entonces reinara para siempre a la diestra de la Majestad en las alturas. No, no sé, sino que tendré la Escritura como mi garantía, cuando digo que esta es la víspera misma de la predestinación, y que la muerte de Cristo es el centro mismo y el resorte principal por el cual Dios formó todos Sus otros decretos, haciendo de este la base y piedra fundamental sobre la que debe construirse la arquitectura sagrada. Cristo fue muerto por absoluta presciencia y solemne decreto de Dios Padre, y en este sentido, "agradó al Señor herirlo; Él lo ha puesto en aflicción".

Pero un poco más lejos: la venida de Cristo al mundo para morir fue el efecto de la voluntad y el placer del Padre. Cristo no vino a este mundo sin ser enviado. Había yacido en el seno de Jehová desde antes de todos los mundos, deleitándose eternamente en Su Padre y siendo Él mismo el gozo eterno de Su Padre. "En la plenitud de los tiempos" Dios sí arrancó de Su seno a Su Hijo, Su Hijo unigénito, y lo entregó gratuitamente por todos nosotros. En esto había un amor sin igual; que el Juez ofendido permitiera que Su Hijo co-igual sufriera los dolores de la muerte, por la redención de un pueblo rebelde.

Quiero que su imaginación por un minuto imagine una escena de tiempos pasados. Hay un Patriarca barbudo que se levanta temprano en la mañana y despierta a su hijo, un joven lleno de fuerza, y le ordena que se levante y lo siga. Se apresuran a salir de la casa en silencio y sin ruido, antes de que la madre se despierte. Andan tres días de camino con sus hombres hasta que llegan al monte del cual el Señor ha hablado. Conoces al Patriarca. El nombre de Abraham siempre está fresco en nuestra memoria. En el camino ese Patriarca no le dirige una sola palabra a su hijo. Su corazón está demasiado lleno para hablar. Está abrumado por el dolor. Dios le ha ordenado que tome a su hijo, su único hijo, y lo mate en la montaña como sacrificio. Van juntos. ¿Y quién pintará la angustia indecible del alma del padre,

El tercer día ha llegado. Se les pide a los sirvientes que se queden al pie de la colina, mientras ellos van a adorar a Dios allá. Ahora, ¿alguien puede imaginarse cómo el dolor del padre debe desbordar todos los bancos de su alma, cuando, mientras subía por esa ladera, su hijo le dijo: "Padre, mira el fuego y la leña. Pero ¿dónde está el cordero para el holocausto? ¿Puedes concebir cómo sofocó sus emociones y, entre sollozos, exclamó: "Hijo mío, Dios se proveerá de un cordero"? ¡Mirar! El padre ha comunicado a su hijo el hecho de que Dios ha exigido su vida. Isaac, que podría haber luchado y escapado de su padre, declara que está dispuesto a morir si Dios lo ha decretado. El padre toma a su hijo, le ata las manos a la espalda, amontona las piedras, hace un altar, pone la leña y tiene listo el fuego.

Pero aquí cae el telón. Ahora la escena negra se desvanece con el sonido de una Voz del Cielo. El carnero atrapado en la espesura proporciona el sustituto, y la obediencia de la fe no necesita ir más allá. Ah, mis hermanos. Quiero llevarte de esta escena a una mucho mayor. Lo que la fe y la obediencia hicieron que el hombre hiciera, Dios mismo lo obligó a hacerlo por amor. Él tenía un solo Hijo, ese Hijo el deleite de Su propio corazón. Hizo convenio de entregarlo para nuestra redención, y tampoco violó su promesa. Porque, cuando vino la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo a nacer de la Virgen María para que padeciera por los pecados del hombre.

Oh, ¿puedes decir la grandeza de ese amor que hizo que el Dios eterno no solo pusiera a Su Hijo sobre el altar, sino que realmente hiciera la obra y clavara el cuchillo del sacrificio en

el corazón de Su Hijo? ¿Puedes pensar cuán abrumador debe haber sido el amor de Dios hacia la raza humana cuando completó en acto lo que Abraham solo hizo en intención? Mire allí y vea el lugar donde Su único Hijo colgó muerto en la Cruz, ¡la Víctima sangrante de la Justicia despierta! Aquí está el amor ciertamente. Y aquí vemos cómo agradó al Padre herirlo.

Esto me permite empujar mi texto solo un punto más. Amados, no sólo es verdad que Dios diseñó y permitió con voluntad la muerte de Cristo. Es, además, cierto, que las indecibles agonías que vistieron la muerte del Salvador con un terror sobrehumano, fueron el efecto del quebrantamiento de Cristo por parte del Padre en el mismo acto y obra. Hay un mártir en la cárcel: las cadenas están en sus muñecas y sin embargo canta. Se le ha anunciado que mañana es su día ardiente. Aplaude alegremente y sonríe mientras dice: "Mañana será un trabajo duro. ¡Desayunaré abajo en tribulaciones de fuego, pero después cenaré con Cristo! Mañana es el día de mi boda, el día por el cual tanto he anhelado, cuando firmaré el testimonio de mi vida con una muerte gloriosa".

Ha llegado el momento. Los hombres con las alabardas lo preceden por las calles. Marca la serenidad del rostro del mártir. Se vuelve hacia algunos que lo miran y exclama: "Valoro mucho más estas cadenas de hierro que si hubieran sido de oro. Es una cosa dulce morir por Cristo". Hay algunos de los santos más audaces reunidos alrededor de la hoguera y mientras se desnuda, antes de pararse sobre la leña para recibir su condenación, les dice que es un gozo ser un soldado de Cristo, ser permitió dar su cuerpo para ser quemado. Y les da la mano y les dice "Adiós", con alegre alegría.

Uno pensaría que iba a su boda, en lugar de ser quemado. Pisa la leña. La cadena se pone alrededor de su medio. Y después de una breve oración, tan pronto como el fuego comienza a ascender, habla a la gente con valiente osadía. Pero escucha, él canta mientras la leña se quiebra y el humo se eleva. Canta y cuando sus partes inferiores están quemadas, todavía continúa cantando dulcemente algún salmo antiguo. "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones; por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida y la montaña se traslade al centro del mar".

Imagina otra escena. Allí está el Salvador yendo a Su Cruz, todo débil y pálido por el sufrimiento. Su alma está enferma y triste dentro de Él. No hay compostura Divina allí. Tan triste está su corazón que se desmaya en las calles. El Hijo de Dios se desmaya bajo una Cruz que muchos criminales podrían haber llevado. Lo clavan al árbol. No hay canto de alabanza. Él es levantado en el aire y allí cuelga como preparación para Su muerte. No escuchas ningún grito de júbilo.

Hay una severa compresión de Su rostro, como si una agonía indecible le desgarrara el corazón, como si de nuevo Getsemaní estuviera siendo actuado sobre la Cruz, como si Su alma

todavía dijera: "Si es posible, pase de Mí esta Cruz. pero no sea como yo quiero, sino como tú".

¡Escuchad con atención! Él habla. ¿No cantará Él cánticos más dulces que los que jamás salieron de los labios de los mártires? Ah, no, es un terrible gemido de dolor que nunca podrá ser imitado. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Los mártires no dijeron eso: Dios estaba con ellos. Los confesores de antaño no lloraban así cuando llegaban a morir. Gritaron en sus hogueras y alabaron a Dios en sus potros. ¿Por qué esto? ¿Por qué sufre así el Salvador? Pues, amado, fue porque el Padre lo hirió. Esa luz del rostro de Dios, que ha alegrado a muchos santos moribundos, fue retirada de Cristo. La conciencia de aceptación con Dios, que ha hecho que muchos hombres santos desposaran la Cruz con alegría, no se le concedió a nuestro Redentor y, por lo tanto, sufrió en las densas tinieblas de la agonía mental.

Lea los versículos 22 y siguientes. Debajo de la Iglesia están los brazos eternos. Pero debajo de Cristo no había brazos en absoluto. La mano de su Padre se apretó pesadamente contra Él. Las muelas de arriba y de abajo de la ira divina lo presionaron y magullaron. Y no se le dio ni una gota de alegría ni de consuelo. "Agradó a Jehová herirlo; Él lo ha puesto en aflicción." Esto, hermanos míos, fue el clímax de la aflicción del Salvador, que Su Padre se alejó de Él y lo puso en aflicción.

Así he expuesto la primera parte del tema: el origen del peor sufrimiento de nuestro Salvador, el placer del Padre.

2. Nuestro segundo encabezamiento debe explicar el primero, o de lo contrario es un misterio insoluble cómo Dios debe herir a su Hijo, que era la Inocencia perfecta, mientras que los pobres confesores falibles y los mártires no han tenido tal herida de Él en el tiempo de su juicio. ¿CUÁL FUE LA RAZÓN DEL SUFRIMIENTO DEL SALVADOR? Se nos dice aquí: "Harás de su alma una ofrenda por el pecado". Cristo estaba así turbado porque su alma era una ofrenda por el pecado. Ahora voy a ser tan claro como pueda mientras predico una vez más la preciosa doctrina de la expiación de Cristo Jesús, nuestro Señor. Cristo fue una ofrenda por el pecado, en el sentido de un Sustituto. Dios anhelaba salvar. Pero, si se permite tal palabra, la Justicia le ató las manos. "Debo ser Justo", dijo Dios. "Esa es una necesidad de Mi naturaleza. Severa como el destino y rápida como la inmutabilidad es la Verdad de que debo ser Justo. Pero entonces Mi corazón desea perdonar, pasar por alto las transgresiones del Hombre y perdonarlas. ¿Cómo puede hacerse esto?"

La sabiduría intervino y dijo: "Así se hará". Y el Amor estuvo de acuerdo con la Sabiduría. "Cristo Jesús, el Hijo de Dios, tomará el lugar del hombre y será ofrecido en el Monte Calvario en lugar del hombre". Ahora, fíjense, cuando Ud. ve a Cristo arrojado sobre Su espalda

sobre la Cruz de madera, Usted ve allí a toda la compañía de Sus elegidos. Y cuando veis los clavos clavados en Sus benditas manos y pies, es todo el cuerpo de Su Iglesia quien allí, en su Sustituto, está clavado en el madero. Y ahora los soldados levantan la Cruz y la clavan en el hueco preparado para ella. Sus huesos están cada uno de ellos dislocados y Su cuerpo está así desgarrado con agonías que no pueden ser descritas.

Es virilidad sufriendo allí. Es la Iglesia que sufre allí en el Sustituto. Y cuando Cristo muera, debéis considerar Su muerte no como Su propia muerte, sino como la muerte de todos aquellos, para quienes Él fue el Chivo Expiatorio y el Sustituto. Es verdad, Cristo realmente murió Él mismo. Es igualmente cierto que Él no murió por Sí mismo, sino que murió como Sustituto, en lugar de todos los Creyentes. Cuando mueras, morirás por ti mismo. Cuando Cristo murió, Él murió por ti, si eres un creyente en Él. Cuando pasas por las puertas de la tumba, vas allí solo y solo. No eres el representante de un cuerpo de hombres, pasas por las puertas de la muerte como individuo, pero recuerda, cuando Cristo pasó por los sufrimientos de la muerte, Él era la Cabeza representativa de todo Su pueblo.

Entiende, entonces, el sentido en el cual Cristo fue hecho un sacrificio por el pecado. Pero aquí yace la gloria de este asunto. Fue como Sustituto del pecado que Él sufrió real y literalmente el castigo por el pecado de todos Sus elegidos. Cuando digo esto, no debe entenderse que estoy usando cualquier figura, sino que digo realmente lo que quiero decir. El hombre por su pecado fue condenado al fuego eterno. Cuando Dios tomó a Cristo como Sustituto, es verdad, no envió a Cristo al fuego eterno, sino que derramó sobre Él aflicción. Un dolor tan desesperado, que era un pago válido incluso por una eternidad de fuego.

El hombre fue condenado a vivir para siempre en el Infierno. Dios no envió a Cristo para siempre al Infierno. Pero Él puso sobre Cristo un castigo que era equivalente a eso. Aunque Él no le dio a Cristo a beber los Infiernos reales de los Creyentes, le dio un 'quid pro quo' (una cosa por otra), algo que era equivalente a eso. Tomó el cáliz de la agonía de Cristo y puso allí, sufrimiento, miseria y angustia, como sólo Dios puede imaginar o soñar, que era el equivalente exacto de todo el sufrimiento, todo el dolor y todas las torturas eternas de todos los que estará finalmente en el Cielo, comprado con la sangre de Cristo. Y dices: "¿Cristo se lo bebió todo hasta las heces? ¿Él lo sufrió todo?" Sí, hermanos míos, tomó la copa y...

***"En un trago triunfal de amor,
bebió la condenación hasta quedar seco".***

Él sufrió todo el horror del Infierno: en una lluvia torrencial de ira de hierro cayó sobre Él, con piedras de granizo más grandes que un talento. Y estuvo de pie hasta que la nube negra se hubo vaciado por completo. Ahí estaba nuestra deuda, enorme e inmensa. Él pagó hasta el

último centavo de lo que su pueblo debía. Y ahora no hay ni un centavo debido a la justicia de Dios en la forma de castigo de cualquier creyente. Y aunque le debemos gratitud a Dios, aunque le debemos mucho a Su amor, nada le debemos a Su justicia. Porque Cristo, en esa hora, tomó todos nuestros pecados, pasados, presentes y venideros, y fue castigado por todos ellos allí y en ese momento, para que nunca seamos castigados, porque Él sufrió en nuestro lugar. ¿Ves, entonces, cómo fue que Dios Padre lo hirió? A menos que Él lo hubiera hecho, las agonías de Cristo no podrían haber sido equivalentes a nuestros sufrimientos.

Me parece que escuché a alguien decir: "¿Quieres que entendamos esta expiación que ahora has predicado como un hecho literal?" Digo, lo más solemnemente lo hago. Hay en el mundo muchas teorías de la expiación, pero no puedo ver ninguna expiación en ninguna, excepto en esta doctrina de la Sustitución. Muchos teólogos dicen que Cristo hizo algo cuando murió que le permitió a Dios ser justo y, sin embargo, el Justificador de los impíos. Qué es ese algo no nos lo dicen. Ellos creen en una expiación hecha para todos. Pero entonces, su expiación es solo esto: creen que Judas fue expiado tanto como Pedro, creen que los condenados en el Infierno fueron tanto un objeto de la satisfacción de Jesucristo como los salvos en el Cielo. Y aunque no lo dicen con las palabras apropiadas, sin embargo, deben querer decirlo, porque es una inferencia justa que, en el caso de las multitudes, Cristo murió en vano, porque murió por todos ellos, dicen.

Y, sin embargo, fue tan ineficaz Su muerte por ellos, que, aunque murió por ellos, son condenados después. Ahora bien, tal expiación la desprecio, la rechazo. Puedo ser llamado Antinomiano o Calvinista por predicar una Expiación Limitada. Pero prefiero creer en una Expiación Limitada que es eficaz para todos los hombres a quienes fue destinada, que en una expiación universal que no es eficaz para nadie, excepto que la voluntad del hombre se una a ella. Pues, hermanos míos, si tan sólo fuéramos expiados por la muerte de Cristo de modo que cualquiera de nosotros pudiera salvarse después a sí mismo, la expiación de Cristo no valdría ni un centavo, porque ninguno de nosotros puede salvarse a sí mismo; no, no bajo el Evangelio. Porque si debo ser salvo por la fe, si esa fe debe ser mi propio acto, sin la ayuda del Espíritu Santo, soy tan incapaz de salvarme por la fe como de salvarme por las buenas obras.

Y después de todo, aunque los hombres llaman a esto una Expiación Limitada, es tan eficaz como sus propias redenciones falaces y podridas pueden pretender ser. ¿Pero conoces el límite de eso? Cristo ha comprado una "multitud que nadie puede contar". El límite de esto es solo este: Él ha muerto por los pecadores. Quien en esta congregación internamente y con tristeza se reconoce a sí mismo como un pecador, Cristo murió por él. Quien busca a Cristo, sabrá que Cristo murió por él. Porque nuestro sentido de necesidad de Cristo y nuestra búsqueda de Cristo son pruebas infalibles de que Cristo murió por nosotros.

Y observen, aquí hay algo sustancial: el Arminiano dice que Cristo murió por él. Y entonces, pobre hombre, tiene muy poco consuelo, porque dice: "Ah, Cristo murió por mí, eso no prueba

mucho. Solo prueba que puedo salvarme si me preocupo por lo que busco. Puedo, tal vez, olvidarme de mí mismo. Puedo caer en el pecado y puedo perecer. Cristo ha hecho mucho por mí, pero no lo suficiente, a menos que yo haga algo”.

Pero el hombre que recibe la Biblia tal como es, dice: “Cristo murió por mí, entonces mi vida eterna está segura. Yo sé”, dice él, “que Cristo no puede ser castigado en lugar de un hombre y el hombre ser castigado después. No”, dice él, “yo creo en un Dios justo y si Dios es justo, Él no castigará primero a Cristo y luego castigará a los hombres. No, mi Salvador murió y ahora estoy libre de toda demanda de la venganza de Dios y puedo caminar seguro por este mundo. Ningún rayo puede herirme, y puedo morir absolutamente seguro de que para mí no hay llama del Infierno ni pozo. Porque Cristo, mi Rescate, sufrió en mi lugar, y, por lo tanto, yo soy librado”. ¡Oh, gloriosa doctrina! ¡Quisiera morir predicándolo! ¿Qué mejor testimonio podemos dar del amor y la fidelidad de Dios que el testimonio de una Sustitución eminentemente satisfactoria para todos los que creen en Cristo?

Citaré aquí el testimonio de ese preeminentemente profundo Divino, el Dr. John Owen: “La redención es la liberación de un hombre de la miseria mediante la intervención de un rescate. Ahora bien, cuando se paga un rescate por la libertad de un preso, ¿no exige la justicia que tenga y disfrute de la libertad así adquirida para él por una consideración valiosa? Si tuviera que pagar mil libras por la liberación de un hombre de la servidumbre al que lo detiene, que tiene poder para liberarlo, y está contento con el precio que doy, si no fuera perjudicial para mí y para el pobre prisionero que su liberación no sea lograda, ¿Es posible concebir que haya una redención de los hombres y de aquellos hombres que no son redimidos? ¿Que se pague un precio y no se consuma la compra? Sin embargo, todo esto debe hacerse verdadero y otros innumerables absurdos, si se afirma la redención universal.

“Por todos se paga un precio, pero pocos cumplen. La redención de todos consumada, pero pocos de ellos redimidos. ¡El juez satisfecho, el carcelero vencido y, sin embargo, los prisioneros cautivados! Sin duda, 'universal' y 'redención', donde parece la mayor parte de los hombres, son tan irreconciliables como 'romano' y 'católico'. Si hay una redención universal de todos, entonces todos los hombres son redimidos. Si son redimidos, entonces son liberados de toda miseria, virtual o real, a la que estaban esclavizados y eso por la intervención de un rescate. ¿Por qué, entonces, no se salvan todos? En una palabra, siendo la redención obrada por Cristo la plena liberación de las personas redimidas de toda miseria, en la que estaban envueltos, por el precio de su sangre, no puede concebirse que sea universal a menos que todos sean salvos. Así que la opinión de los universalistas no es apta para la redención”.

Hago una pausa una vez más. Porque escucho a un alma tímida decir: “Pero, señor, me temo que no soy elegido y, de ser así, Cristo no murió por mí”. ¡Detente, señor! ¿Eres un pecador? ¿Lo sientes? ¿Dios el Espíritu Santo te ha hecho sentir que eres un pecador

perdido? ¿Quieres la salvación? Si no lo quieres, no es una dificultad que no te lo proporcionen. Pero si realmente sientes que lo quieres, eres un elegido de Dios. Si tienes un deseo de ser salvo, un deseo que te ha sido dado por el Espíritu Santo, ese deseo es una señal para el bien. Si has comenzado a orar con fe por la salvación, tienes allí una evidencia segura de que eres salvo. Cristo fue castigado por ti. Y si ahora puedes decir,

***“Nada en mis manos traigo
Simplemente a la Cruz me aferro”***

Puedes estar tan seguro de que eres el elegido de Dios como lo estás de tu propia existencia. Porque esta es la prueba infalible de la elección: un sentido de necesidad y sed de Cristo.

3. Y ahora tengo que concluir notando los BENDECIDOS EFECTOS de la muerte del Salvador. En esto seré muy breve. El primer efecto de la muerte del Salvador es: “Verá su descendencia”. Los hombres serán salvos por Cristo. Los hombres tienen descendencia de por vida. Cristo tuvo descendencia por muerte. Los hombres mueren y dejan a sus hijos y no ven su simiente. Cristo vive y cada día ve Su simiente llevada a la unidad de la fe. Un efecto de la muerte de Cristo es la salvación de multitudes. Marca: no es una salvación casual. Cuando Cristo murió, el ángel no dijo, como algunos lo han representado: “Ahora, por su muerte, muchos serán salvos”. La palabra de la profecía había apagado todos los “peros” y “quizás”. “Por su justicia justificará a muchos”. No hubo ni un átomo de casualidad en la muerte del Salvador. Cristo sabía lo que compró cuando murió.

No hay efecto de la muerte de Cristo que se deje para tal vez. “Deberá” y “voluntad” hicieron que el Pacto fuera rápido. La muerte sangrienta de Cristo efectuará su propósito solemne. Todo heredero de la gracia se reunirá alrededor del Trono.

***“Bendecirán las maravillas de Su gracia,
Y darán a conocer Sus glorias”.***

El segundo efecto de la muerte de Cristo es: “Él prolongará sus días”. Sí, bendito sea su nombre, cuando murió no acabó con su vida. No podía permanecer mucho tiempo prisionero en la tumba. Llegó la tercera mañana y el Conquistador, levantándose de Su sueño, rompió las ataduras de hierro de la muerte y salió de Su prisión, para no morir más. Esperó sus cuarenta días y luego, con gritos de cánticos sagrados, “llevaba cautiva la cautividad y ascendía a lo alto”.

“En cuanto murió, al pecado murió una sola vez. Pero en cuanto vive, vive para Dios”, para no morir más.

***“Ahora al lado de Su Padre Él se sienta,
Y allí reina triunfante”.***

El conquistador sobre la muerte y el Infierno.

Y, por último, por la muerte de Cristo se efectuó y prosperó el beneplácito del Padre. El placer de Dios es que este mundo sea un día totalmente redimido del pecado. El beneplácito de Dios es que este pobre planeta, envuelto por tanto tiempo en la oscuridad, pronto resplandecerá como un sol recién nacido. La muerte de Cristo lo ha hecho. El arroyo que fluyó de Su costado en el Calvario limpiará el mundo de toda su negrura. Esa hora de oscuridad del mediodía, fue la salida de un nuevo sol de justicia que nunca dejará de brillar sobre la tierra. Sí, se acerca la hora en que las espadas y las lanzas serán cosas olvidadas, cuando los arneses de la guerra y la pompa y el boato se dejarán a un lado para el alimento del gusano o la contemplación de los curiosos.

Se acerca la hora en que la antigua Roma se estremecerá sobre sus siete colinas. Cuando la media luna de Mahoma decaiga y no crezca más, cuando todos los dioses de los paganos pierdan sus tronos y sean arrojados a los topos y a los murciélagos. Y luego, desde el ecuador hasta los polos Cristo será honrado. El Señor sobre la tierra, de tierra en tierra, desde el río hasta los confines de la tierra. Un Rey reinará, un grito se levantará, Aleluya, aleluya, el Señor Dios Omnipotente reina”. Entonces, hermanos míos, se verá lo que la muerte de Cristo ha logrado. Porque "la voluntad del Señor será prosperada en Su mano". Amén, Amén, Amén.

EstudiaLaPalabra.org